

Esperanzas rotas

Antonio Sánchez de Moreno

Image not found.

Capítulo 1

Esperanzas rotas

Antonio Sánchez de Moreno

Sentado frente al Sena esperaba impaciente la llegada de un compañero de la confederación. Se había quitado la chaqueta, el sol ya empezaba a calentar. Miraba sin ver el lento, monótono y seguro discurrir del agua por su cauce. Sus pensamientos iban como el agua:

Hacia un mes que había llegado a París después de un tortuoso camino, que comenzó, al pasar la frontera en desbandada, con el resto del maltrecho ejercito republicano y miles de paisanos que huían de las tropas franquistas.

Al pasar la frontera, el gobierno francés nos esperaba con los "brazos abiertos" para meternos en una playa acordonada con alambre de espino.

Hacinados, con hambre y sed, miles de españoles que habíamos huido de nuestra querida España por culpa de la maldita Guerra. Los supuestos ideales franceses de igualdad, libertad y fraternidad, con los españoles brillaron por su ausencia.

Los primeros días en aquel campo de concentración de Argées-sur-Mer fue un verdadero suplicio, por el día calor y por la noche muertos de frio. Cuando hacia viento la jodida arena se nos metía por todas partes. Ni siquiera había letrinas, ni para hombres ni para mujeres. Fuimos nosotros, los que en España habíamos ejercido algún tipo de mando, los que pusimos a nuestra gente a trabajar, para hacer de aquella maldita playa un lugar un poco más habitable. A falta de agua dulce, nos las tuvimos que ingeniar para usar agua salada para la higiene.

Sin nada que llevarse a la boca, los franceses nos trataron peor que si fuéramos animales ¡Parecía mentira! El país donde siglo y medio antes se proclamaron los Derechos Universales del Hombre, ahora con nosotros eran papel mojado. Vigilados constantemente por guardianes de color negro, que parecía estar esperando que alguno de los españoles protestara o dijera algo en voz alta, para ensañarse con él a golpes. Nosotros que habíamos luchado contra el fascismo, por la democracia, la justicia y la igualdad de hombres y mujeres ¿por qué los franceses nos trataban así?

El agua bajaba mansamente. En algún momento el reflejo del sol en las mansas aguas le transportó y creyó contemplar las aguas de su Manzanares, el rio de su Madrid. Pero no, no estaba en su ciudad, Madrid quedaba lejos, muy lejos y quizá por mucho tiempo. Estaba preocupado,

las noticias recibidas hacia pocos días acerca de la familia no eran nada halagüeñas. Ahora esperaba impaciente para poder confirmarlas.

Llevaría sentado unos quince minutos cuando apareció su compañero, amigo y, desde hacía un mes, el enlace con España y la Organización.

Me levanté para esperarle con los brazos abiertos. Nos abrazamos como viejos amigos y compañeros de fatigas durante muchos años. Le conocía casi desde que empezamos a trabajar con 12 años. Me pareció ver tristeza, dolor y amargura en su rostro.

Después de informarme lo que la organización quería de mi, algo con lo que no estaba muy de acuerdo y que ya había recibido por carta, pasó a relatarme que el SERE estaba tratando de fletar un barco para llevar españoles a Méjico, pero que esta organización al estar al servicio del doctor Negrín, difícilmente contaría con nosotros.

— Collao, yo no voy a Méjico si no es con mi familia. Por cierto ¿Cómo está mi mujer y mi hijo?

—i Tú harás lo que se te ordene! — contestó con calma pero con aplomo Collao —. Tu familia cuando podamos sacarla de España se reunirá contigo allá donde estés. No te quepa ninguna duda.

— ¿Cómo está mi familia compañero? — pregunté impaciente por tener noticias suyas.

— Bien — contestó escuetamente bajando la vista.

Le mire con desconfianza. Presentía que algo me ocultaba. Después de un rato en silencio insistí:

— ¿No me engañas?

— Mira Cabezuela — habló pausadamente mi compañero, como si pensara bien lo que iba a decir —, fuiste un destacado dirigente anarcosindicalista antes de la guerra; en la contienda destacaste como un brillante jefe militar. Siendo un simple albañil dirigiste tu unidad mejor y con más acierto que otros muchos militares profesionales. El enemigo lo sabe. Quiere cogerte y hará todo lo que esté en su mano para hacerlo, incluso detener a tu familia para conseguir su fin.

— Han pegado a mi mujer, a mi hijo le han roto una ceja ¡Sólo tiene 12 años!

Me miró un poco sorprendido, pero no dijo nada. No preguntó cómo me había enterado. Se quedó callado mirando el agua que pasaba

mansamente a escasos metros de nosotros.

— ¡Joder Collao, nosotros hicimos la guerra por la democracia, la justicia, la libertad, la igualdad entre los hombres...

— Sí Cabezuela sí...pero perdimos — contestó con amargura Collao

— ¡Ellos luchaban por Dios! ¿Qué clase de Dios permite esos comportamientos con mujeres y niños? Mi mujer no tuvo nada que ver con la guerra, lo más cerca que estuvo de la contienda, era cuando llevaba el petate a casa para que lavara la ropa. ¿por qué la tratan así? Y a mi hijo itan sólo es un crio!— contesté con rabia.

— No lo sé compañero, no lo sé. Son mala gente que esconden su miseria, su frustración y su conciencia detrás de un uniforme con el beneplácito y la bendición de las sotanas.

Nos quedamos los dos en silencio mirando el agua no muy limpia que avanzaba lentamente a su encuentro con el mar.

— No lo pienses compañero — habló de nuevo Collao, aunque esta vez con convencimiento de lo que decía —. Tu familia más temprano que tarde se reunirá contigo allá donde estés. Ahora tienes que hacer saber a todo el mundo lo que está haciendo el gobierno fascista en España. La única esperanza que nos queda es que las democracias se den cuenta de que el fascismo traerá la ruina a Europa, y su reacción, no sea demasiado tarde para impedirlo. Sólo así nos ayudarán a derrocar al régimen del Funeralísimo.

Quedamos de nuevo en silencio. Una pareja de jóvenes, no muy lejos de nosotros, se besaba con pasión, ajenos a todo lo que les rodeaba.

— Me han llegado noticias de una operación que se está preparando por el Valle de Arán — dije al cabo de un rato de silencio.

El compañero me miró con preocupación meneando negativamente la cabeza y dijo:

— Mira Cabezuela, eso es una locura, otra más, que están preparando los "chinos"(1). No los apoya nadie, ni republicanos, ni socialistas y mucho menos nosotros. Olvídate de volver a España como un guerrillero por el Valle de Arán. Tu sitio está aquí y harás lo que la Organización te ha encomendado. En todo el mundo se tienen que enterar de las matanzas de presos que está haciendo el nuevo régimen en España.

— ¡Yo no soy periodista! Soy un hombre de acción. Tú bien lo sabes, y la

Organización también.

— Yo te he escuchado hablar en mítines en Madrid. He visto como convencías y levantabas a la gente aplaudiendo con signos de aprobación. Mira Cabezuela la Organización sabe muy bien de que pasta estamos hechos cada uno, y lo que cada uno somos capaces de hacer. Tu misión a partir de ahora será dar a conocer a todo el mundo, y muy especialmente a la opinión pública de los países democráticos, las matanzas de gente indefensa que están ocurriendo ahora en nuestro país.

— No digas que no — cortó Collao al ver el movimiento negativo de la cabeza de su interlocutor —. Es lo que quiere la Organización. Debes aceptarlo.

— No sé, no sé ...

— Qué tal estas en la pensión ¿Te tratan bien? — preguntó Collao tratando de cerrar la discusión.

— Sí. El trato es magnífico. Después del campo de concentración en la playa cualquier cosa es buena. Por cierto, ¿habéis conseguido sacar a más españoles de aquel calvario?

— Sí, pero aún quedan muchos. Estos gabachos cabrones están engañando a muchos compatriotas: con la promesa de sacarles del campo los hacen apuntarse a la legión extranjera.

Seguimos hablando durante unos minutos hasta que nos despedimos con un fuerte abrazo mientras Collao me recordaba:

— Estaremos en contacto. No olvides tu misión. Es muy importante que se sepa lo que ocurre ahora en España.

Otra vez solo frente al Sena y sus aguas tranquilas. Todavía estuve largo tiempo contemplándolas. No tenía nada que hacer y en esas circunstancias el tiempo corre poco.

De regreso a mi nuevo hogar, pensaba en la posibilidad de volver a España como guerrillero por el Valle de Arán. Estaba decidido a hacerlo aunque me tuviera que enfrentar con la Organización.

“Soy hombre de acción, no de estar en despachos”, me dije a mí mismo. Tenemos que echar del poder a los salva patrias que se levantaron contra el pueblo trabajador. Esos que se vieron con el derecho por mandato divino, faltaría más, de tutelar la vida de los españoles, ¡los españoles estamos capacitados para tutelárnosla nosotros mismos!

Tenía todo el tiempo del mundo por lo que regresé caminando a la pensión, situada en 94, rue Saint-Lazare. La regentaba una mujer de mediana edad, nieta de españoles, que había hecho de la causa republicana su causa. Su misión en París, según dijo cuando me la presentó el compañero Collao, en un español muy afrancesado, era ayudar a los españoles. Su cara era redonda y sonrosada. Sus ojos de color aceitunado desprendían un brillo especial cuando la claridad los daba de lleno. Lucía media melena rubia con alguna mecha pelirroja. Era bastante alta para ser mujer. Vestía con ropas muy ajustadas, que resaltaban sus formas y sus carnes. Casi siempre lucía un generoso escote. Por su forma de vestir, en España, sobre todo la del nuevo régimen de uniformes y sotanas, hubieran pensado en una mujer de las que trabajan en una de esas casas de ladrocinio, pero aquí en la ciudad de la luz, nadie se preocupa de cómo viste el vecino. En alguna ocasión en esos treinta días me había hecho alguna insinuación, aunque yo me hacía el despistado: en los momentos difíciles siempre aparecía la imagen de mi compañera Teresa para empujarme y darme aliento.

La primera noche, madame Rochill que así se llamaba la patrona, me presentó a los compañeros de la pensión. Eran cuatro franceses de provincias llegados a París en busca de una oportunidad. Madame comentó que Sultán, el dueño de la casa, no tardaría en llegar.

Estábamos todos sentados esperando la cena cuando vi aparecer un hermoso gato rayino. Era enorme, gordo y muy lustroso.

—¡Joder, con el hambre que pasamos en el frente! — exclamé en voz baja.

Nadie pareció escuchar mis palabras excepto el animal que me miró con recelo. Todos miramos al gato cuando se acercó y de un salto subió al regazo de madame Rochill, obedeciendo la voz de su dueña.

— Monsieur Cabezuela — exclamo sonriente la dueña de la pensión —, este es Sultán, el verdadero dueño de la casa.

A la semana siguiente tropecé, más bien él tropezó conmigo, con Perales, el exilado comunista que me contara, días atrás, lo de mi mujer y mi hijo. Le conocía de toda la vida: habíamos crecido los dos en Tetuán de las Victorias, pueblo situado al norte de Madrid. Después la vida nos llevó por distintos lugares, a él le acercó a los comunistas y a mí me pareció mejor lo que predicaban y practicaban los cenetistas.

— Sabes algo nuevo de mi familia — pregunté impaciente después de un fuerte y caluroso apretón de manos.

— No. Las comunicaciones con Madrid no son nada fáciles y entrañan un

gran peligro – contestó Perales.

—¿ Peligro aquí? – pregunté atónito.

Me miró sorprendido ante mi extrañeza antes de decir:

— Mira Collao, aquí en Paris hay que tener cuidado con los gabachos: a lo más mínimo te detienen y te pueden entregar a las autoridades españolas, si no te apuntas a la legión extranjera. Pero el verdadero peligro está en Madrid. Nuestros contactos allí corren un gran peligro. Podríamos decir que se juegan la vida si descubren que están en contacto con nosotros. Como poco les molerían a palos hasta sacarles quiénes somos y donde estamos.

Calló unos instantes para después mirándome con cierto reproche preguntó:

— ¿Has escrito ya a tu mujer?

Perales no espero la respuesta, que ya sabía de antemano:

— No, no lo has hecho. Sabes que si cogen la carta, y sabes que lo harían, ella lo pasaría mal, muy mal. España hoy es una inmensa cárcel donde se persigue con saña e inquina a los vencidos, sin importarles un carajo el grado de responsabilidad que hayan tenido en la guerra. Son derrotados y eso ya es suficiente para ser detenidos acusados de rebelión.

— !Tiene cojones acusarles de rebelión !— exclamé con amargura

— Así están las cosas en España – reprochó con ironía Perales

— No te enfades compañero. No sé qué me pasa. Tantos días de inactividad me están volviendo loco. Yo soy un hombre de acción. Cuenta conmigo para lo del Valle de Aran.

— Tu organización no lo apoya. Es más, dijo que era una locura.

— Ya lo sé – repliqué —. Yo no soy mi organización. Ahora hablo por mí no por ellos. Dile a tu gente que cuente conmigo. Sabéis que me las arreglo bien al frente de las tropas. Parece ser que tengo un don especial para mandarlas que ni yo mismo conocía. No lo olvides Perales, tenéis que contar conmigo.

— Te tendré informado y desde luego contaremos contigo. Tu nombre dará prestigio al intento de entrar en España atravesando los Pirineos. Unos cientos de guerrilleros contigo al mando será un éxito seguro.

— No lo olvides, sabes cómo localizarme — le dije cuando nos despedíamos.

Hacía más de dos semanas de mi encuentro con el compañero Perales. Los días cada vez eran más largos con tantas horas vacías que no sabía de qué forma llenar. No olvidaba tampoco, aunque no me gustaba, la misión encomendada por mi organización. Había conseguido hablar con dos periodistas, a los que ya una vez en el frente concedí una entrevista, de dos diarios importantes de París, y ambos me llamarían en unos días para una larga entrevista. Les interesaba saber cómo un hombre, albañil de profesión, había llegado a mandar, y con bastante acierto e incluso más que muchos militares profesionales, todo un cuerpo de ejército. No desaprovecharía la ocasión para denunciar las muertes y atrocidades que el régimen militar estaba llevando a cabo en España. Mientras esperaba pasaba todo el tiempo fuera, caminado por las calles de París. En la pensión estaba el tiempo justo de las comidas. Cuanto menos tiempo estuviera al lado de madame Rochill sería mejor para ambos, aunque ella no se daba cuenta y todo su afán era agasajarme. Aquella tarde llegué unos minutos antes de la cena. La patrona salió a recibirme con un escote más generoso que de costumbre.

— Han dejado un mensaje para usted, monsieur Cabezuela.

La interrogué con la mirada. ¿Dónde está, quién...?

— Hay una nota al lado del teléfono — contestó la mujer a mi interrogante mirada, al tiempo que caminaba delante de mi hacia el pasillo donde estaba situado el auricular. Pude observar con todo detalle el contoneo rítmico y provocador, quizá hoy más provocador que otros días, de sus caderas. Al cruzar el comedor comprobé que el resto de compañeros de pensión, ya estaban sentados a la mesa esperando la cena. Aquella noche celebrábamos algo extraordinario aunque no sabía que: sobre la mesa había dos botellas de vino. ¡El Dios que lo batanó, iba a beber vino por primera vez desde mi llegada a Francia!

Sultán se apartaba a mi paso. Yo era el único en cuyas piernas no se restregaba el animal. No le debió gustar el comentario que hice cuando le vi por primera vez. La verdad es que estofado, en el frente de Guadalajara, nos hubiera alegrado el día. ¡Estaba gordo el jodido gato!

Madame Rochill me entregó una nota escrita con letras gruesas que decía:

“Café Marly, plaza Colette, jueves 11,30, Monsieur Pera”

Guardé la nota en el bolsillo de pantalón mientras la patrona me señalaba el comedor donde esperaba el resto de comensales. Me volví para

retroceder hacia el comedor cuando sentí una palmada en el culo.

Me quedé petrificado. ¡El Dios que lo batanó! Era la primera vez en mis cuarenta y cinco años que una mujer me daba una palmada en el trasero.

Intenté volverme hacia la mujer pero ésta, con suavidad y con decisión, con su mano apoyada en mi espalda, me empujaba hacia el comedor mientras con la otra mano volvió a darme otra palmada en el culo.

Sentado esperaba mi cita en el café Marly. En una mesa situada junto a una ventana esperaba nervioso. Por fin iba a conocer todos los detalles de la invasión a mi propio país por el Valle de Arán. Estaba decidido a seguir ese plan por descabellado que fuera y en contra de mi propia Organización, a la que pertenecía desde los 12 años que empecé a trabajar. ¡Quería regresar a España! Ya me las arreglaría después para llegar a Madrid.

A Perales le conocía desde niño, habíamos crecido en el mismo barrio madrileño. Aunque desde niños andábamos en distintas cuadrillas, y después en distintos partidos e ideales, los dos luchamos por un mismo fin: derrotar al fascismo.

Después de una tensa espera de quince minutos le vi aparecer al otro lado de la calle. Con decisión bajó de la acera para cruzar y llegar hasta el café.

—¡Perales el camión!

No me escuchó. Cuando miró al camión ya era demasiado tarde. El vehículo pasó sobre él sin darle la menor oportunidad.

Salí corriendo del café. Llegué a su lado y me arrodillé. Como pude cogí su cabeza y la acune en mi regazo. Tenía muy mala pinta.

¡El Dios que lo batanó! Durante treinta y tres meses jugando con las balas del enemigo para ahora venir a morir en un accidente de circulación en un país que no es el tuyo.

— Perales no te mueras. ¿Con quién tengo que hablar para lo del Valle?

Me miró con ojos vidriosos e intentó dibujar una sonrisa en su rostro. Conocía aquella mirada de unos ojos que miran sin ver. Había visto muchas en los últimos tres años.

— Compañero ¿dónde debo ir? ¿A quién tengo que ver?

Perales intento hablar. Abrió la boca intentado decir algo. Dio un suspiro con el que escapó un poco de sangre y también su vida.

Unos hombres vestidos de blanco me levantaron del suelo. A Perales le subieron a una camilla y ésta a una ambulancia que en unos segundos salió a toda prisa.

— ¡Quiero volver a España Perales! ¿Con quién tengo contactar?

— Con quién Perales con quién — murmuraba mientras veía alejarse la ambulancia, y el destino, me alejaba un poco más de mi tierra y de los míos.

(1) A los comunistas, los afiliados a la CNT y en general los anarquistas, les llamaban los chinos por sus pintadas sobre el soviet chino